UNA MANO CRÍTICA Y DECISIVA

Carlos Eduardo Zavaleta
Academia Peruana de la Lengua

Hasta que finalmente se han reunido en un nuevo libro* los variados artículos y ensayos que ha escrito el distinguido crítico Ricardo González Vigil, enfocados en su mayoría hacia los narradores peruanos que brotan desde el término de la segunda guerra mundial y que cristalizan y decantan en la llamada generación de los años 50s.

Para el lector, este libro debe ser inseparable de los otros dos volúmenes destinados a un recuento de nuestros autores principales: *Retablo de autores peruanos* (1990) y *El Perú de todas las sangres* (1991); y todavía más, para ser precisos, todos ellos remiten a su volumen más compendioso, amplio y general: *Literatura*, tomo XIV de la *Enciclopedia Temática*, ed. El Comercio (2004).

En primer lugar, tales plausibles volúmenes señalan una trayectoria consagrada a la literatura como un arte esencial en la vida del hombre y de la nación. En segundo lugar, si bien, como crítico, él atiende y estudia los varios géneros, sin duda descuella en su dedicación a la poesía (él mismo es un poeta) y a la narrativa, campo éste en que destaca específicamente y al cual me referiré en esta nota.

* Ricardo González Vigil. *Años decisivos de la narrativa peruana*. Lima, Edit. San Marcos, 2008, 432 p.

El último volumen, recién aparecido, *Años decisivos de la narrativa peruana* (2008) constituye una plausible galería de autores, de retratos literarios donde la personalidad, la estructura narrativa y el estilo sobresalen al punto, sin olvidar tendencias manifiestas en grupos o generaciones. Las dos miradas avanzan parejas y el jinete va cómodo en dos caballos.

En una ojeada que podemos llamar general, se suceden entrevistas al autor, ensayos y artículos sobre la “nueva” narrativa a partir de 1948, fecha inicial. Luego predomina su enfoque habitual, el del análisis de un libro como ventana abierta hacia el perfil progresivo de un autor cuyas obras va estudiando, a veces, durante décadas, y por ello es capaz de completar un retrato múltiple e integral a la vez. Así, triunfa sobre el crítico de volúmenes individuales y acierta en comprender muy bien a autores descuidados por otros.

Por ejemplo, destaca plausiblemente a José Durand y a su laborioso estilo; reconoce y elogia en lo que vale al “orfebre verbal”, Eleodoro Vargas Vicuña, a quien Wáshington Delgado no dudó en llamar alguna vez “genial”; se detiene en el parco e irónico Luis León Herrera y en el sesudo oficiante Alfonso La Torre. De otro lado, quizá por un desliz involuntario, no recoge su artículo (que hemos leído) sobre la singular Sara María Larrabure, ni hallamos juicios sobre Sebastián Salazar Bondy y sus incursiones experimentales en el cuento y la novela; y tampoco aparecen opiniones sobre Tulio Carrasco (autor del libro de cuentos *La escalera*), quien junto con Rubén Sueldo Guevara y el penúltimo Oscar Colchado Lucio, forman un buen terceto que refuerza la presencia de la sierra literaria.

Pero, en el balance, hay nuevos y valiosos logros: al revés de otros críticos, González Vigil si se interesa por la novela *Cambio de guardia* (que el propio autor Ribeyro llamaba “fallida” en sus dedicatorias) y sus auténticos quilates, dentro de los cuales me permito señalar el singular tratamiento del tiempo, de la sucesión temporal, de las rutinas o cambios, de lo homogéneo a lo contradictorio, en fin, aspectos que vuelven asimismo experimental esta novela.

Un nuevo logro es subrayar los méritos de la novela *Las tres mitades de Ino Moxo* (1981), de César Calvo, lo cual hizo el crítico en su momento y lo repitió después “como escritura poética deslumbrante..., pocas veces la prosa peruana (Eguren, Martín Adán, Arguedas siempre, Vallejo a veces) ha transmitido tanta poesía”, además de elogiar la “reconstrucción del habla oral, la quechuización del español”. Es difícil entender el por qué libros como el de Calvo no susciten siquiera tesis universitarias, y que algunas de éstas se enfoquen, por ejemplo, en una novela bilingüe como *Huámbur poetastro Acacau Tinaja*, de J. José Flores (1933), por el graduando Víctor Flores Ccorahua (2007), simplemente por ser excéntrica al canon y no por sus méritos artísticos.

González Vigil, al reanudar su antología de estos textos críticos, nos ofrece el ponderado balance del interesante grupo *Trilce* (González Viana, Morillos Ganoza, Díaz Herrera), el cual es un buen pórtico para aquilatar merecidamente a Rivera Martínez, y tras éste y Calvo, sopesar a los valiosos miembros del otro grupo, *Narración*, entre ellos Miguel Gutiérrez y Gregorio Martínez, para concluir con vertientes específicas, como las de Augusto Higa, Nilo Espinoza, Pérez Huaranca y Roberto Reyes.

Una vez más, González Vigil se guía, no tanto por generaciones, llevadas siempre por grandes acontecimientos históricos o tendencias artísticas, sino por los resultados específicos, y así señala conquistas artísticas, y ese camino es en verdad apasionante, pues el lector salta de gema en gema, igualmente complacido.

Si evaluamos este fértil y ponderadísimo volumen, junto con los dos tomos previos, ya citados, habremos dibujado el perfil de un crítico de polendas, sucesor de las grandes empresas que cautivaron a Alberto Escobar y Antonio Cornejo Polar, cuando éstos tuvieron que rehacer, reconstruir y ordenar de nuevo el edificio de nuestra narrativa (y de las letras en general), dentro de una revisión a fondo de los estudios literarios y aun culturales.

Si esto es cierto, recordemos también, allá al fondo, el ejemplo previo de José Jiménez Borja, Estuardo Núñez, Luis Jaime Cisneros y Jorge Puccinelli.

Los narradores, a partir de los 50s, no sólo trabajaron en una especie de refundación de estructuras, estilos y argumentos, sino tuvieron la suerte de ser acompañados en su difícil camino por voces críticas fieles a sí mismas y al avance artístico, dentro de las cuales estuvo y está ahora, en un sitio, Ricardo González Vigil.